

## **JOSEPH RATZINGER Y LA IDENTIDAD DE EUROPA: UN MENSAJE EN LA ENCRUCIJADA ACTUAL**

**Dra. Maria Luisa Rodríguez Aisa**  
**Profesora Titular de Universidad**  
**Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales**  
**Facultad de Ciencias Políticas y Sociología**  
**Universidad Complutense Madrid**

### **Resumen**

El tema de Europa ha sido abundantemente tratado por el entonces Cardenal Joseph Ratzinger, hoy Benedicto XVI, mediante libros, artículos, clases magistrales, ponencias y conferencias en numerosas ocasiones y ante muy diversos auditorios. La presente comunicación analiza y expone las claves de su pensamiento y orientaciones sobre la identidad europea, sus crisis y sus actuales encrucijadas. A través de un estudio pormenorizado de las fuentes principales disponibles que se insertan en numerosas citas, se trasluce el interés de Benedicto XVI por presentar las auténticas raíces de Europa, de las que el Cristianismo es componente principalísimo, y que constituyen su grandeza histórica y moral. Con su estilo claro, luminoso y sugerente Ratzinger advierte la necesidad de fidelidad, permanencia y renovación de esas raíces identitarias, tarea ineludible para todos los europeos y, de manera especial para los católicos.

### **Palabras clave**

Europa, Ratzinger-Benedicto XVI, Cristianismo, Razón, Identidad, Dignidad humana, Derechos.

### **INTRODUCCION**

He elegido esta temática por su actualidad y por el notable valor humano, científico y magisterial de su protagonista Joseph Ratzinger hoy Benedicto XVI. Las cuestiones implicadas en sus consideraciones sobre Europa son muchas y variadas, enlazadas todas por un hilo conductor permanente: su interés en que Europa valore y no pierda una identidad que ha forjado su grandeza y es garantía de su futuro y de su aportación a otros pueblos. Una identidad “constituida por un conjunto de valores que el cristianismo ha contribuido a forjar” (1).

Evidentemente no es posible aquí y ahora desarrollar estas cuestiones en su totalidad ni en su plenitud. Subrayaré algunas de ellas intentando resaltar también **la forma como han sido consideradas y desde la óptica singular de su autor**, una personalidad con facetas muy ricas y con una formación humana, religiosa e intelectual poco común. Desde muchos campos, e inclusive por antiguos colegas no excesivamente complacientes con él, se ha resaltado “su inteligencia soberana que armoniza con la belleza y claridad de su palabra” (2). Si ponerse al servicio de la verdad, en cualquiera de sus manifestaciones, ha sido su pasión desde su juventud –muestra de ello es su lema episcopal “Colaborador de la verdad”- ha tratado y sigue tratando de servirla en los temas de su competencia. Ello desde una actitud atenta y respetuosa y, a la vez comprometida, no desencarnada, expuesta a la impopularidad, como también ha sido señalado. En palabras de un antiguo alumno suyo, hoy Cardenal y Patriarca de Venecia, Angelo Scola “lo que sorprende cuando se tiene la oportunidad de escucharle y de dialogar con él sobre los temas mas diversos, es que te comunica siempre un matiz más, algo nuevo, te abre siempre a algo que tú no habías visto antes” (3).

Nacido el 16 de abril de 1927 en Baviera (Marktl am Inn), sacerdote, doctor en Teología, catedrático en las Facultades de Teología de las Universidades de Bonn, Münster, Tubinga y Ratisbona está situado por formación en la tradición intelectual germánica y, por nacimiento forma parte de una generación testigo y protagonista de los cambios políticos y sociales del siglo XX en Europa. Nombrado Arzobispo de Munich en 1977, el Papa Juan Pablo II le traslada a Roma en 1981, en un puesto de máxima proyección y responsabilidad: Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. Durante veintiocho años ha podido ser observador y testigo de hechos y situaciones muy relevantes para la Iglesia católica, y también para los pueblos de Europa. Su permanente contacto con intelectuales y dirigentes (religiosos, políticos, etc.) de todo el mundo le ha permitido un conocimiento profundo y completo de la problemática actual.

Resulta pues indudable el interés de sus juicios y opiniones en estos momentos y en esta etapa de la construcción europea, interés ahora acrecentado por la universal proyección de su persona desde su elección como Sumo Pontífice de la Iglesia Católica el 19 de abril de 2005. Y en mi opinión, también por uno de los rasgos de su personalidad: “Nunca ha buscado identificarse con el cargo. Siempre ha intentado seguir siendo él mismo” (4).

## **1.- EL MÉTODO Y LAS CLAVES DE SU ITINARIO INTELECTUAL: VERDAD, REALIDAD, RAZÓN, FE, IGLESIA.**

Poseedor de “un vigilante intelecto analítico a la par que una gran capacidad de síntesis” (5) en el enfoque intelectual de los temas -en nuestro caso europeos- Ratzinger aplica una mirada amplia y atenta, fruto de **cuidadosos análisis** que le permiten, tanto a él como a quienes se dirige, ayudar a detectar los puntos débiles de una argumentación (6). No duda en poner sobre la mesa todas las cuestiones de fondo que subyacen en un problema y que antes han sido ya objeto de su interés y de sus propios interrogantes, sin obviar ni esconder los puntos en los que no hay acuerdo, las materias de confrontación o no resueltas que aparecen en el diálogo o el debate científico.

Metodológicamente le interesa sobremanera que **la discusión analítica de los temas no impida el llegar a una síntesis clara**. De ahí la agudeza y diafanidad de sus conclusiones que no fuerzan ni manipulan los datos del análisis anterior.

Este enfoque científico no es sólo el resultado de sus cualidades personales, sino también una manifestación más de ese objetivo que él se ha propuesto de colaborar y servir a la verdad en la profunda convicción de que **verdad y realidad** van necesariamente unidas: "la verdad no se puede concebir en abstracto, ha de estar enmarcada por la sabiduría (humana)" (7). Por ello es una constante en sus manifestaciones, la afirmación de que para superar las crisis actuales, que al proporcionarnos un cúmulo de datos científicos nos pueden empujar al relativismo en cuestiones esenciales que se refieren al ser humano, "necesitamos de nuevo buscar la verdad y también el valor para admitirla" (8).

Para Ratzinger, esta verdad esencial se encuentra en **el cristianismo**: lo que éste afirma "sobre Dios, el mundo y nosotros es algo que es verdad y nos ilumina" (9). En consecuencia, sus diagnósticos, pronóstico y propuestas de solución para Europa se realizan por alguien que afirma haber tomado una **decisión fundamental** para siempre: "que creo en Dios, en Cristo y en su Iglesia (...) yo deseo ser siempre fiel a lo que considero esencial y estar abierto para ver los cambios necesarios" (10). Su participación pública, desde hace bastantes años, en los foros de debate sobre problemas actuales la realiza, y él lo refiere así, "como hombre de Iglesia y por tanto a partir de **la fe y la razón** implicada en ella" con el convencimiento de que "debe también arriesgar en el debate público e intentar estar presente en él como uno que da, pero también como uno que recibe" (11).

Análisis y síntesis, verdad y realidad; fe y razón. Conceptos que se entrecruzan y armonizan en su forma de abordar las cuestiones y que permiten reconocer su sello personal impreso en todos sus trabajos. También sobre nuestro tema. Al abordarlos desde su condición de cristiano y sacerdote que, a la misión pastoral une la responsabilidad de un intelectual, **conoce muy bien lo que puede ofrecer como propio y desde qué puesto lo ofrece**: "entrar en el debate sobre la auténtica comprensión del presente, y del camino hacia el futuro, para ilustrar lo que pertenece al **ámbito específico de la fe** y, al mismo tiempo a su **obligación de orientar la vida política en todo aquello que le incumbe**" (12). Y ¿qué es lo que, a su juicio, incumbe a un hombre de Iglesia, a un teólogo? Ante todo, "no tratar de sustituir por moralismos la enorme cantidad de conocimientos técnicos especializados". La competencia del teólogo en los problemas políticos "es limitada (...) y no debe recurrir a falsas mezclas de religión y política". Pero, al mismo tiempo, subraya, tampoco existe una política neutra: "la revuelta estudiantil del 68 tenía razón al intentar poner de manifiesto la imposibilidad de una ciencia neutra; lo mismo vale para la política". En su opinión no es lícito sustraerse a las cuestiones actuales ni tampoco dar motivo para pensar "que la teología tenga una respuesta para cada cosa" (13).

Este camino elegido permite considerar sus propuestas como procedentes de un cristiano "al que le gusta pensar **con la fe de la Iglesia**" que no sólo no está reñida con la razón sino que "ese mismo acto de fe incluye que procede de Aquél que es la misma razón". La fe cristiana y el acceso al conocimiento racional se exigen mutuamente (14). No es de extrañar que esta cuestión, primordial para Joseph Ratzinger -"**no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios**"- constituya un eje fundamental

en sus análisis europeos. Así podrá afirmar en la Universidad de Ratisbona el 12 de septiembre de 2006 que el acercamiento entre la fe bíblica y el pensamiento griego, entre fe y razón, entre auténtica ilustración y religión, es uno de los fundamentos “de aquello que con razón se puede llamar Europa” (15).

En este contexto se sitúa también su certeza de que es preciso “ampliar nuestro concepto de razón y su aplicación” superando la limitación que la razón misma se ha impuesto a lo que es empíricamente verificable. En definitiva **razón y fe deben avanzar juntas de un modo nuevo**, creando también nuevos horizontes, teniendo “valor para la apertura de la razón y no negación de su grandeza” (16). La aversión de Occidente a las fuentes de conocimiento que no sean positivistas puede generar graves daños: “una razón que es sorda a lo divino y que relega la religión al espectro de las subculturas, es incapaz de entrar en diálogo con las culturas” (17) Y, como concretará muchas veces éste es un de los problemas mas serios de Europa cara a su relación con otros pueblos, culturas o civilizaciones.

**La adhesión a la fe cristiana es, así, a la vez, adhesión a la racionalidad:** “la fe cristiana, que nos ayuda a reconocer como tal la Creación, no significa una parálisis de la razón. Por el contrario, crea en torno a la razón práctica un espacio vital en el cual ésta puede desarrollar la propia potencialidad” (18). Ello significa que **no puede quedar excluida ni del análisis ni del debate científico**. Esta afirmación y a la vez convicción permanente, impregna, da sentido y define todo el enfoque científico de Ratzinger y también le permite no forzar su tratamiento y conclusiones que están muy lejos de ser producto de una fría y férrea lógica o de meras consideraciones piadosas. Surgen de firma sencilla y luminosa, como resultado de un proceso transparente que invita al diálogo y a la colaboración, independientemente del grado de aceptación de su criterio.

Eludiendo entrar en terrenos que estima no son de su competencia, sí ha expuesto en numerosas ocasiones lo que **la Iglesia puede y debe hacer** en relación con los grandes temas de hoy en Europa y en el mundo, e, igualmente aquello que **no puede ni debe hacer**. Refiriéndose, por ejemplo, **a la paz y a la justicia**, el primer cometido de la Iglesia “es custodiar y proclamar conscientemente los criterios fundamentales de la justicia sustrayéndolos al ámbito del poder”. Asimismo “debe infundir el coraje de vivir según la conciencia”, formando “en la sociedad y en las mentalidades aquellas convicciones que puedan representar una sólida base de civilización sobre la cual edificar un buen derecho”. Todo esto fundamentado en su cometido más íntimo y más humano: “hacer la paz, no sólo hablar de ella; la obra del amor” (19), pero permaneciendo “fiel a su naturaleza específica”, es decir, actuando en su campo propio: fe, educación, testimonio, consejo, oración, amor servicial. Siendo ámbito de paz y consejera de paz (20).

Sin embargo la Iglesia no está en condiciones de hacer ni es lícito que haga ciertas cosas: “aunque las raíces del derecho le han sido confiadas en custodia, no dispone empero de ninguna iluminación específica para las cuestiones políticas concretas”. No lo es lícito “acreditarse como la única portadora de la razón política”. No puede “establecer la paz por la fuerza”, algo que “no ha podido hacer en el pasado y tampoco podrá realizar en el futuro”. Asimismo no le es lícito “convertirse en una suerte de movimiento político pacifista que persiguiese como objetivo específico de su existencia la consecución de la paz perpetua universal” (21).

En un plano más esencial ha afirmado que “la Iglesia existe para impedir que la confusión de la confrontación domine a la humanidad” (22). Ello comporta “un papel de oposición profética que debería tener el coraje de representar” basada en la fuerza de la verdad, pero tampoco se puede replegar al papel de una oposición sistemática” ya que está llamada por naturaleza a desempeñar un papel constructivo. No es una organización más entre muchas, ni un organismo autónomo que ofrece una amplia prestación de servicios. “Vive de algo que no hace ella misma” y por ello “la Iglesia no puede dar órdenes al mundo, aunque tiene respuestas para su confusión y desorientación” (23).

¿Cabría pensar que entre esas respuestas se esconde la utilización de la idea de la comunidad europea pretendiendo “reedificar una Europa dominada por los católicos bajo la guía del Papa”? En 1992 Ratzinger mencionaba el temor de algunos sectores de que la Iglesia, bajo el pretexto de una “nueva evangelización” quisiera hacer retroceder la historia y volver a una época anterior a la moderna, haciendo efectivo “el sueño de un mundo católico”. Y respondía ya entonces: “es claro que no tendría ningún sentido la vuelta al pasado (...) **una idea de Europa que no consiguiera integrar la herencia de la época moderna no tendría futuro; se apoyaría en una concepción abstracta de la historia**”. La respuesta de la Iglesia no significa “una reedición de lo que ya ha existido”, sino un esfuerzo permanente por hacer llegar a todos el Evangelio de Jesucristo “que lleva en sí no solo un ayer y un hoy, sino sobre todo un mañana”, lo cual significa que les sean reveladas al hombre de hoy “las fuentes de su identidad, y que así sea capaz de desarrollar toda la plenitud de su ser” (24). No aparece en sus consideraciones ni la nostalgia melancólica ni los programas restauracionistas copia del pasado. Se sitúa en una postura realista y abierta a la vez para ofrecer caminos de solución más originales a los concretos desafíos actuales.

La Iglesia, las Iglesias deben responder ante todo a un imperativo, a su juicio primero y apremiante: “**que el rango de la esfera moral sea reconocido en su inviolabilidad**” (25). Como veremos, concretará bastantes propuestas al respecto referentes a la construcción europea. Esta respuesta se hace realidad ante todo siendo “**verdaderamente ellas mismas**”, no degradándose “a un simple medio para moralizar la sociedad” y “menos aún deben legitimarse mediante la utilidad de sus obras sociales”. Ello no elimina el que atiendan a su responsabilidad con la sociedad de muchas formas y que intenten hacer comprensible y accesible el mensaje de la fe. Sin embargo, de forma sorprendente para muchos (aunque no para los conocedores de su trayectoria humana y teológica) Ratzinger pone el acento principal de la aportación de la Iglesia en que “**debe estar dispuesta a sufrir, a preparar espacio a lo divino, no a través del poder, sino del Espíritu, no de poderes institucionales, sino del testimonio, del amor, de la vida, del dolor, y así ayudar a la sociedad a reencontrar su identidad moral**” (26). Coherencia con su camino de fidelidad a la realidad y a la verdad, y a la vez ligereza muy viva y libre en estos planteamientos. El mismo estilo para, desde su posición en la Iglesia, enjuiciar los problemas de Europa.

## 2. LA IDENTIDAD EUROPEA. SUS FUNDAMENTOS. SUS VALORES

En la Introducción a uno de los primeros libros que recopila diferentes textos fruto de conferencias, lecciones, debates públicos y entrevistas sobre temas relacionados con Europa, su autor, el entonces cardenal Ratzinger afirmaba:

“Es evidente que **Europa no es un concepto geográfico sino una grandeza histórica y moral**. En las revoluciones de los últimos años, se ha desvelado con extrema claridad que el actuar político, social y económico no se lleva a cabo sólo mediante la tecnocracia, sino que en el fondo implica un problema moral y religioso”(27).

Once años mas tarde en 2004, sale a la luz un nuevo compendio de trabajos suyos con temática también mayoritariamente europea. Y de nuevo insiste:

“¿Qué es propiamente Europa? (...) En estos encuentros (Sínodo de Obispos) resultó perfectamente claro que Europa es un concepto geográfico sólo de forma totalmente secundaria: **Europa** es un continente que no se puede aferrar netamente en términos geográficos pero **sí es un concepto cultural e histórico**” (28).

Y más recientemente en marzo 2007, ya como papa Benedicto XVI, en la Audiencia concedida a los participantes del Congreso conmemorativo del 50º aniversario de la firma de los Tratados de Roma, vuelve a ratificar:

“De hecho se trata de una **identidad histórica, cultural y moral** mas que geográfica, económica o política; identidad constituida por **un conjunto de valores universales que el Cristianismo ha contribuido a forjar** (...) Estos valores que constituyen **el alma del Continente** deben permanecer en la Europa del Tercer Milenio como “fermento” de civilización” (29).

Tres momentos, tres afirmaciones y una misma inteligencia del significado de Europa y de las pautas necesarias para su interpretación.

Especificidad cultural, orientación moral, bases religiosas, desarrollo científico y técnico. Elementos todos que influyen en el ser y en el devenir europeo. ¿Con qué contenido y en qué medida han contribuido a su identidad, a su grandeza histórica y moral? ¿De qué forma las crisis actuales los reconfiguran o desfiguran? ¿Sobre qué bases sería conveniente construir cara al futuro? Son estas cuestiones básicas que aparecen una y otra vez, y en torno a ellas se han articulado los análisis, juicios, propuestas y orientaciones del sacerdote, teólogo, profesor, arzobispo, cardenal y actual Papa. Por expresarlo con sus propias palabras, se trata en su caso de un permanente intento de aclarar “qué es, qué puede ser y qué deberá ser Europa” (30).

Consecuente con su itinerario intelectual, su punto de partida consiste en una clara opción del **método mas adecuado** para que ese conocimiento sea completo y veraz: la identidad europea supone y exige una consideración que penetre en sus **coordenadas morales y religiosas**. Estas han orientado su ruta histórica, han

configurado sus aportaciones y han modelado su cultura en todas sus manifestaciones. Si se prescinde de la consideración de esos elementos morales y religiosos en análisis, proyectos o realizaciones, se renuncia también a comprender la realidad en su dimensión completa: “los fundamentos inalienables de la identidad europea (...) en toda su amplitud son de una **profunda identidad cristiana**” (31).

Pero no sólo **considerar** sino también **valorar**. Desde los diagnósticos realizados en la década de los 70 hasta su intervención ya citada en marzo 2007 permanece un “leit-motif” de fondo: **el sustrato religioso y cristiano de Europa ha inspirado sus mejores expresiones éticas y ha alentado su eficacia social**. Su oscurecimiento o negación traería consigo gravísimas consecuencias. A este respecto en la citada Introducción a sus textos de 1993, Ratzinger hace suyo y cita expresamente un pasaje del discurso del **Papa Juan Pablo II** ante el Parlamento europeo en Estrasburgo el 11 de octubre de 1988: “Es mi deber subrayar con fuerza que si el sustrato religioso y cristiano de este continente fuese marginado en su papel inspirador de la ética y en su eficacia social, no solo sería negada toda la herencia del pasado europeo, sino también estaría gravemente comprometido un futuro digno del hombre europeo, quiero decir, de todo hombre europeo, creyente y no creyente” (32).

En el desarrollo de esta idea motriz, han ido manifestándose focos de atención mas intensos según los acontecimientos producidos en el transcurso de los años: consecuencias de la caída del muro de Berlín, nuevos retos en el proceso de la unidad europea, evolución y alcance de la “nueva modernidad”, desafíos globales actuales, fundamentos generales de la acción política, crisis de valores y de culturas. También se ha acentuado en su discurso, la necesidad de encuentro y diálogo entre religiones diferentes, entre diversas corrientes políticas, sociales y económicas con el común objetivo de **salvaguardar la dignidad humana amenazada por un dogmatismo relativista** denunciado por Ratzinger hace mucho tiempo (33). Este riesgo, en especial, viene siendo advertido, últimamente de forma insistente y con fuerza. En su Audiencia del 23 de marzo de 2007 ya citada, en términos especialmente concluyentes reiteró que la negación de **valores universales absolutos** en Europa concluiría por no respetar la dignidad de la persona y, consecuentemente, por no responder a los fines de su existencia: “una comunidad que se construye sin respetar la auténtica dignidad del ser humano, olvidando que toda persona ha sido creada a imagen de Dios, termina por no hacer el bien de nadie” (34).

Esos valores universales absolutos –dignidad, derechos, libertad- se apoyan en una **base moral** inscrita en el ser del hombre y presente de alguna manera en las principales civilizaciones. Aún con diferentes formas participan de aspectos comunes, tales como el reconocimiento de la existencia de valores objetivos, de actitudes verdaderas y buenas, de comportamientos falsos: “la intuición fundamental respecto a la densidad moral del ser y a la necesaria armonía de la esencia humana con el mensaje de la naturaleza, es común a todas las grandes civilizaciones, y (...) por tanto los grandes imperativos morales son también universales” (35).

El deber moral es el que constituye la **dignidad humana** y si se desprecia “se acaba por descender al plano de las máquinas (...) y tampoco existirá el ámbito de la libertad” (36). Estas grandes intuiciones éticas no son exclusivamente cristianas, si bien la fe cristiana las ha sintetizado a partir de un núcleo nuevo “reconociendo que la naturaleza no es obra de la casualidad sino Creación” portadora de un mensaje moral. A

través de este mensaje Europa “ha encontrado en la fe cristiana los valores que la sostienen y que más allá de la historia europea concreta, dan el fundamento a la dignidad humana de todos los hombres” (37).

Es cierto –siguiendo su argumentación- que el Cristianismo, aún teniendo su origen y parte de su desarrollo en Oriente, ha encontrado “su huella históricamente decisiva en Europa” en el encuentro con la filosofía griega. Y este encuentro, al que se unirá sucesivamente el patrimonio de Roma “**ha creado Europa** y permanece como **fundamento** de aquello que con razón se puede llamar Europa” (38). Pero si bien la racionalidad es una señal esencial de la cultura europea “puede volverse devastadora si se separa de sus raíces y se erige como criterio único lo técnicamente posible “.Le “es necesario vincularse con las dos grandes fuentes del saber: naturaleza e historia”. **Racionalidad, naturaleza e historia** constituyen los caminos básicos del conocimiento y deben utilizarse conjunta y armónicamente (39).

Como consecuencia se hace preciso que los valores y su base moral -dignidad humana, derechos humanos- tengan una consideración de **incondicionalidad**: “que haya valores que no son manipulables para nadie es la auténtica garantía de nuestra libertad y de la grandeza humana” (40). Europa y las democracias surgidas de la cultura europea, se encuentran ante un serio dilema: **la antítesis entre tolerancia y verdad**, dilema “decisivo para su supervivencia”. El Estado no es fuente de verdad, pero tampoco puede deducirse su total neutralidad moral y religiosa. Ello equivaldría a canonizar el derecho del más fuerte, “a la autoeliminación de Europa, porque consecuentemente se deberían poner en discusión los derechos del hombre, como se ha puesto de manifiesto en la discusión sobre el aborto” (41).

En los actuales momentos históricos es necesario que Europa garantice el Estado de derecho y promueva eficazmente los valores universales, su “**alma**”. Ello supone “reconocer claramente la existencia cierta de una **naturaleza humana estable y permanente**, fuente de los derechos comunes a todas las personas, incluidas las que los niegan” (42).

### 3.-LA RESPONSABILIDAD DE EUROPA EN LAS CRISIS CULTURALES

Pocos días antes de ser elegido Papa, el 1 de abril de 2005, en una conferencia pronunciada en el monasterio de Subiaco con ocasión de recibir el premio europeo San Benito, el cardenal Ratzinger realizaba un extenso y denso análisis de las corrientes culturales actuales y su repercusión en Europa, en mi opinión uno de sus textos mas importantes en cuanto a la actualidad y profundidad de las cuestiones tratadas (43). Comenzaba por señalar el extraordinario crecimiento de las posibilidades de la ciencia y la técnica, contrarrestadas por nuevas amenazas como el terrorismo. Indicaba asimismo como inquietantes “las posibilidades de automanipulación adquiridas por el hombre” especialmente en el campo de la genética, los conflictos globales ocasionados por las desigualdades en el reparto de los bienes de la tierra, la pobreza creciente, el hambre, las enfermedades, el choque entre culturas. Todo ello fruto de la disociación entre el crecimiento de nuestras posibilidades técnicas y el desarrollo de nuestras energías morales que quedan confinadas en el ámbito subjetivo.

Estas y otras amenazas que gravitan hoy sobre la existencia humana hacen necesaria una **moral pública** que pueda hacerles frente y responder adecuadamente. Sí existe hoy “un nuevo moralismo cuyas palabras clave son justicia, paz, conservación de la naturaleza (...)” Pero se trata de un moralismo impreciso -“¿qué es la justicia? ¿quién la define? ¿qué es la paz?”-, que, precisamente por ello, se desliza inevitablemente hacia una esfera política partidista.

Esta situación, ¿cómo influye en Europa, sus raíces, sus cimientos, su misión? Europa ha sido “un continente cristiano y también el punto de partida de la nueva racionalidad científica que ha proporcionado grandes posibilidades y a la vez grandes amenazas”. Como en muchas otras ocasiones vuelve a insistir en que, aunque el Cristianismo no es originario de Europa” en Europa ha adquirido su impronta cultural e intelectual históricamente más eficaz y se entrelaza con ella de forma especial”. La racionalidad europea desde la Ilustración ha ido desembocando en una cultura que “excluye a Dios de la conciencia pública, bien negándolo, bien confinándolo al ámbito de la pura conciencia subjetiva como algo irrelevante para la vida pública” (44). Se trata de **una moralidad puramente funcional en la que desaparece la categoría de bien:** nada es bueno o malo, sino que depende de las consecuencias que puedan preverse en una acción. Por ello afirmará tajantemente: “**en Europa se ha desarrollado una cultura que es la antítesis absolutamente mas radical no sólo del Cristianismo, sino de la tradición religiosa y moral de la humanidad**” (45).

Como ejemplo más actual se refiere a los debates en torno a la definición de Europa y a su nueva forma política, desarrollados con ocasión del **Tratado Constitucional** que, aprobado por el Consejo Europeo en octubre de 2004, no fué ratificado finalmente y ha sido sustituido por el Tratado de Lisboa en 2007. En concreto menciona las discusiones que tuvieron lugar sobre el **Preámbulo** (desechado actualmente) relativas a las **referencias a Dios** y a la **mención de las raíces cristianas de Europa**. El artículo 52 del Tratado garantiza los derechos institucionales de las Iglesias, pero para él esto significa que, en el ámbito del compromiso político sí hay lugar para la tradición religiosa, mientras que en el ámbito de los fundamentos de Europa “la huella de su contenido no encuentra espacio alguno”. Las razones que se han dado en el debate público para ese “no”, resultan a su juicio superficiales y encubren las verdaderas motivaciones.

La existencia de **raíces cristianas** en Europa es un hecho histórico que nadie puede negar. Al hacer referencia a ellas explícitamente, se están indicando también las “fuentes remanentes de orientación moral, lo que supone un factor de identidad en esta formación que es Europa”. A este respecto, y englobando también la cuestión de la referencia a **Dios**, Ratzinger se pregunta: ¿a quién puede ofender esto? ¿qué identidades pueden sentirse agraviadas por ello? Mas bien –responde- tanto musulmanes, como judíos o de otras religiones pueden sentirse amenazados “por el cinismo de una cultura secularizada que niega sus propias bases “y“que trata de construir una comunidad humana absolutamente sin Dios” (46).

Las motivaciones de este doble “no” a la mención de Dios y de las raíces cristianas en la Constitución europea son, a su parecer más profundas. Proviene de lo que él denomina textualmente “**cultura iluminista radical y laicista**” (cultura radical de la Ilustración en nuestro contexto) que ha establecido el cánón de cual sea la

identidad europea desembocando en “una confusa ideología de la libertad conducente a un dogmatismo que se revela como una amenaza a la propia libertad” desde esta cultura “Dios no tiene nada que ver con la vida pública y con las bases del Estado (...) y las raíces religiosas europeas son raíces muertas que no forman parte de su actual identidad” (47).

En este punto la conferencia aborda el tema del ingreso de Turquía en la Unión Europea. Sin pronunciarse directamente sobre esta concreta cuestión, sí hace notar que se trata de “un ámbito cultural que no posee raíces cristianas, sino que ha sido influenciado por la cultura islámica”. Las reformas de Atatürk han tratado de implantar el laicismo desarrollado en el mundo cristiano europeo en un terreno musulmán. Dejando abierta la cuestión de si esta implantación tendrá asegurado el futuro, lo que a Ratzinger le interesa subrayar es que según las tesis de esa “cultura iluminista y laicista radical” sólo las normas de esta cultura son las que determinan la identidad europea y “como consecuencia, cualquier Estado que haga suyas estas normas podrá pertenecer a Europa sin importar (...) sobre que urdimbre de raíces se implanta esta cultura de libertad y democracia” (48).

A lo largo de la disertación se plantean varias interrogantes respecto a este tipo de cultura: ¿es universal y válida para todos? ¿es autónoma, completa en sí misma sin necesitar raíz o base alguna fuera de ella?. Al basarse en una filosofía positivista y antimetafísica que propugna la exclusión total de Dios, lleva en sí una mutilación del hombre ya que autolimita su razón y rechaza sus raíces históricas, su memoria fundamental “sin la cual la razón pierde su orientación. Sabemos muchas cosas y podremos saber más. Pero es necesario que ese “saber hacer” encuentre su medida en una **norma moral para no destruirnos** (clonación, tráfico de personas, de órganos, terrorismo...). Si la libertad consiste en que la capacidad del hombre es la medida de su actuar (“lo que se puede hacer, está justificado que se haga”), el final es claro: la destrucción de la libertad.

La exclusión de la mención a Dios y a las raíces cristianas en el Preámbulo de la fallida Constitución europea no responde, para su autor, a una actitud de tolerancia respecto a todas las culturas (otras religiones teístas o no, agnósticos, ateos) para no privilegiar a ninguna. Mas bien es la expresión de una forma de pensar y vivir que se contrapone a otras culturas históricas: “es la expresión de una conciencia que quiere **excluir a Dios definitivamente de la vida pública de la humanidad y dejarlo arrinconado en el ámbito subjetivo de los residuos culturales del pasado**”. Relativismo como punto de partida que se convierte en dogmatismo al creer en posesión de un definitivo conocimiento de la razón (49).

La forma de que no desaparezca la dignidad humana, es tener raíces para sobrevivir. Por eso “no debemos perder de vista a Dios”, todos, también los que no le reconocen. La modernidad, el racionalismo han aportado cosas positivas. En cierto sentido inclusive “tiene un origen cristiano ya que el Cristianismo ha afirmado la misma dignidad para todos los hombres como criaturas de Dios”. Ambas partes –cristianos y racionalistas no cristianos o agnósticos- deben **reflexionar** sobre sí mismas, tratar de **corregir** sus fallos para llegar a un **diálogo necesario**, en el cual los cristianos deben mantener la fidelidad a una fe abierta a lo que es verdaderamente racional y los no cristianos tratando de superar axiomas que conducen a la paralización de las energías humanas (50).

#### 4.- LA IDEA DE EUROPA. RIESGOS Y EXIGENCIAS

En 1991 en la celebración del segundo milenio de la ciudad de Spira, el cardenal Ratzinger fue invitado a pronunciar una conferencia en el marco de las celebraciones de este evento. En ella afirmó: “la idea de Europa está hoy considerablemente desprestigiada” (51). ¿En qué se apoyaba para emitir esta tajante opinión? Los argumentos que exponía entonces, sigue manteniéndolos actualmente, al menos en sus líneas esenciales.

Durante la postguerra, la idea de Europa se reveló como una fuerza moral positiva, como un símbolo de unidad, como una palabra de paz y fraternidad. La caída del muro en 1989 desafió la búsqueda de nuevas formas de unidad, de formas políticas y económicas estables y duraderas, y también dio a la idea de unidad nuevo impulso. Sin embargo, ya desde tiempo atrás, se habían ido promoviendo dudas sobre su validez fundamentalmente por dos motivos. El primero por la “creciente disolución” de esa idea en una **aritmética economicista** “que reduce los fines éticos al aumento del poder económico del mercado” (52), lo cual ha mostrado su lado más trágico en los países no desarrollados donde la ayuda económica practicada de este modo empobreció a los destinatarios. El otro motivo lo constituye un sentimiento de **autoculpabilidad** por un eurocentrismo hoy rechazado en América, Asia y África.

Así, en la segunda mitad del siglo XX aparecen dos aspectos contradictorios en la consideración de Europa: por una parte ha sido idea y fuerza de **unión fraterna** inaugurando un nuevo modelo de comunidad entre pueblos. Por otra aparece como pretensión de **dominio y potencia económica** que “con su propio derecho y su particular forma de vivir menoscaba a los demás”, un estilo de construcción de economías modernas, de forma por completo mecánica, sin tener en cuenta las consideraciones éticas. Inclusive ha contagiado también a las Iglesias “que han sucumbido con frecuencia a esta ilusión materialista” (53).

Si Europa quiere mantener y resguardar su esencia verdadera y responder a su misión positiva, se impone realice ante todo un examen de conciencia de sus errores. Sobre todo de aquellos que Ratzinger califica como sus “pecados originales” a partir de la época moderna. El primero el **nacionalismo** como “mítica sobrevaloración de la propia nación” que se proyecta también fuera de sus fronteras (predominio de lo autóctono sobre la igualdad de todos, de las propias formas de vida como únicas de progreso, etc.). El segundo la **hegemonía de la razón técnica** unida a la pretensión de dominio económico tomados como factores únicos de progreso y construcción de un mundo nuevo. Frente al primero se halla como antídoto la idea de una Europa unida, que puede frenar los intentos de retroceso. Mas actual es el segundo riesgo que excluye sistemáticamente lo divino. En su versión marxista ha sido superado en parte, pero permanece y forma parte de nuestra realidad la convicción de que la esfera de lo moral y religioso “debe quedar relegada a lo puramente privado y no exigir ningún derecho social” (54). Consecuentemente lo que exporta Europa son “esquemas sin ethos” que terminan destruyendo grandes tradiciones morales dando paso a “la difusión de prácticas oscuras de brujería y magia” (55).

La superación de estos riesgos cara al futuro, exige primeramente **superar el mito del progreso** que “subsume las fuerzas de hoy en un mañana imaginario, y con esto no sirve ni a uno ni a otro”. Ninguna estructura política o cultural debe considerarse eterna: “Europa y la cultura europea pueden perecer” ya que nadie puede construir la forma definitiva y perfecta de la humanidad pero a la vez el futuro está siempre abierto en la libertad humana. Se trata de centrarse en el **presente** que es donde se halla el campo de la acción política: “el político no es el organizador de un mundo mejor que vendrá en cualquier momento, sino que tiene la responsabilidad de que el mundo sea **hoy** mejor para que mañana también pueda serlo” (56).

En segundo lugar, ante la sustitución de la moral por la mecánica, se precisa reivindicar el **predominio de la ética sobre la política**. El Estado vive de un fundamento “transpolítico” y aun debiendo diferenciarse de la religión “no le resulta tampoco lícito deslizarse hacia el puro pragmatismo de lo realizable, sino que debe luchar por el establecimiento de convicciones morales” entre las cuales está el deber de tener en cuenta el bien común de toda la humanidad. La correcta universalidad europea debe consistir en ese autocontrol y en esa autosuperación de los Estados aislados (57).

Finalmente se hace preciso reivindicar el fundamento que Europa no se ha dado a sí misma, sino que ha sido recibido: el “**ethos**” **cristiano** reflejado especialmente en los Diez Mandamientos como expresión de concordancia con las mas antiguas y puras tradiciones de toda la humanidad. En ello está contenido el núcleo esencial de los derechos humanos garantía de toda dignidad humana. Si no lo hace, “si Europa no exporta su fe, (...) entonces exportará inevitablemente su incredulidad, es decir que no existe el bien, ni la verdad, ni el derecho” (58) Europa ni podrá ni deberá dejar de exportar su técnica y su racionalidad, pero si sólo transmite esto “destruirá las grandes tradiciones religiosas y morales, (...) los fundamentos de lo humano y someterá a los demás a un sistema de leyes en el que ella misma se aniquilará”. Necesita transmitir también el Logos como principio de todas las cosas, la visión de la verdad que es asimismo norma de bien, para el enriquecimiento de toda la humanidad (59).

#### **4.-IDENTIDAD EUROPEA: PRESENTE Y FUTURO**

El último punto a desarrollar en este trabajo, por fuerza muy limitado, en la ámplisima panorámica que ha sido y continúa siendo objeto de atención de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI, se centra en los textos mas recientes sobre Europa que ofrecen una mejor perspectiva general con el telón de fondo de la situación mundial, y que insisten en los fundamentos generales y criterios a los que debe ajustarse una acción política correcta, teniendo en cuenta el momento histórico de la ampliación de la Unión Europea y las reformas de sus Tratados.

La historia ha mostrado como Europa ha sido siempre un continente de contrastes, sacudido por múltiples conflictos, a los que el siglo XIX añade una nueva dimensión por la contraposición destructiva de los nacionalismos. La obra de **unificación europea** a partir de la II Guerra mundial tuvo una de sus motivaciones en abrir un camino de paz, mediante la búsqueda de una identidad común “que no debía disolver o negar las identidades nacionales sino unir las en un nivel de unidad más alto, en una única comunidad de pueblos”. En este proceso,” no hay duda ninguna de que los **padres fundadores de la unificación europea consideraban la herencia cristiana**

**como el núcleo de esa identidad histórica**". Los políticos protagonistas de entonces ("Adenauer, Schumann, De Gasperi, De Gaulle y también hombres como Raab, Figl o Kunschak") lo hicieron con plena conciencia de que por encima de las fronteras confesionales, lo común a todos los cristianos, constituía una fuerza unificadora de la actuación de Europa en el mundo. Existía también la creencia de que esta identidad cristiana era compatible con los ideales morales de la Ilustración, que, de alguna manera habían puesto de relieve "la dimensión racional de la realidad cristiana" (60).

Otra de las motivaciones fue el **reclamar un espacio propio en la formación de la historia política y económica**. El dominio europeo en el mundo había acabado completamente después de 1945, y para seguir teniendo peso frente a las grandes potencias dominadoras después del conflicto (EEUU, URSS y económicamente Japón), se hacía necesario unificar intereses en una estructura europea común. En este empeño, el presupuesto para que Europa se convirtiera en potencia política era la voluntad de llegar a ser una potencia económica, aspecto éste que se ha convertido en los últimos cincuenta años "cada vez más dominante; más aún casi exclusivamente determinante" (61).

Este interés económico, cada vez más poderoso, ha ido generando "un nuevo sistema de valores" con implicaciones a nivel mundial (negación o concesión de ayudas según conveniencias, eliminación de las normas éticas en la relación entre los sexos, control del crecimiento de la población imponiendo "numerus clausus", etc.) puede resumirse como "**la separación de toda tradición ética y la apuesta única por la racionalidad técnica y sus posibilidades**" (62) Aunque los sistemas comunistas en Europa han fracasado por su dogmatismo, sin embargo la problemática que el marxismo dejó tras sí sigue existiendo hoy: "la disolución de las certezas primordiales del hombre sobre Dios, sobre sí mismo, sobre el universo". Así en esta llamada "segunda Ilustración" se comparte con el marxismo la idea de que el mundo ha nacido por un azar irracional y por tanto no puede contener en sí ninguna indicación ética. No se discute nunca en Europa (ni en el mundo) el naufragio económico y, en cambio, sí se rechaza la problemática moral y religiosa. Así han surgido nuevas opresiones y un nueva clase dominante: "los que disponen del poder científico y los administran los medios, deciden el destino de los demás hombres" (63).

Europa que ha visto universalizar ese modelo de vida y su manera de pensar mediante la victoria del mundo técnico-secular, en esta hora de su máximo éxito, "parece haberse quedado vacía por dentro, paralizada en sus fuerzas espirituales" y se extiende la impresión de que "el mundo de valores de Europa, su cultura y su fe, aquello en lo que se basa su identidad, ha llegado a su fin" y es la hora de los sistemas de valores de otros mundos. el Islam, la mística asiática, etc. En esta situación **¿hay una identidad europea que tenga futuro?**

Sin entrar en debates concretos sobre las reformas a los Tratados de la Unión antes de su aprobación, Ratzinger adelantaba los **elementos morales** que, a su juicio no debían faltar porque forman parte de la identidad europea, estimando que la Carta de Derechos podía representar un primer paso en este sentido. En primer lugar **la presentación de la dignidad humana y de los derechos humanos como valores que preceden a toda jurisdicción estatal**. Valores previos a toda decisión y acción política, valores universales, intangibles y no manipulables, que remiten en último término al Creador: "solo si el hombre es sagrado e intangible para el hombre podemos confiar los

unos en los otros y convivir en paz”. Esta dignidad vale para todos: minusválidos, no nacidos, enfermos, tarados. El segundo elemento que también forma parte de la identidad europea es la consideración **del matrimonio y la familia** modelado según la fe bíblica, y hoy amenazado desde muchos frentes (ruptura de su indisolubilidad, vaciamiento de su forma jurídica, equiparaciones de otras uniones). Y sin embargo “Europa no sería ya Europa si esa célula fundamental de su edificio social (mantenida una y otra vez en su historia con mucho sufrimiento) desapareciera o cambiara esencialmente” (64). Por último **la cuestión religiosa: el respeto a lo sagrado** que resulta un aspecto fundamental para todas las culturas y que es lícito suponer que se dé también en el que no está dispuesto a creer en Dios. Hoy ocurre que el respeto se impone y exige, salvo para los cristianos que ven como cuando se deshonra lo que es sagrado para ellos, se invoca la libertad de opinión o la tolerancia: “aquí hay un odio de Occidente a sí mismo que es extraño y que sólo se puede considerar como algo patológico” (65). Es más existen corrientes y tendencias laicistas y relativistas que niegan a los cristianos inclusive el derecho a intervenir como tales en el debate público o se rechazan sus aportaciones bajo la acusación de “querer tutelar privilegios injustificados” (66)

En sus últimos mensajes de 2007, ya con texto constitucional (posteriormente no ratificado) escrito, Benedicto XVI, vuelve a repetir la necesidad de que “los valores fundamentales que están a la base de la dignidad humana sean protegidos plenamente, en particular la libertad religiosa en todas sus manifestaciones y los derechos institucionales de la Iglesia”. Y vuelve a afirmar que “no puede hacerse abstracción del innegable patrimonio cristiano de este continente, que contribuyó ampliamente a modelar la Europa de las Naciones y la Europa de los pueblos” (67)

**Europa necesita una nueva aceptación de sí misma** si quiere sobrevivir: “podría pensarse inclusive que el Continente europeo está de hecho perdiendo fe en su propio futuro”. Sin embargo, la multiculturalidad no puede subsistir sin puntos de orientación a partir de los valores propios, y para las diversas culturas del mundo la profanidad absoluta que se ha desarrollado en Occidente les es algo profundamente extraño “están convencidas de que un mundo sin Dios no tiene sentido” (68).

**Benedicto XVI** es un europeo que cree en los valores de Europa. En todos los valores que han forjado su grandeza histórica y moral. Ante los desafíos y crisis del presente, que él analiza y expone con tanta claridad y precisión, su mensaje es sencillo: hay que conocerlos, valorarlos y mantenerlos y hacerlos presentes hoy en la actual etapa de construcción europea. Así se “contribuirá a edificar con la ayuda de Dios una **nueva Europa, realista pero no cínica, rica en ideales y liberada de ilusiones ingenuas, inspirada en la perenne y vivificante verdad del Evangelio**”. Palabras estas dirigidas a cristianos aunque, como él ha demostrado ampliamente, son también válidas para todos los europeos. (69).

## Notas bibliográficas

- (1) **Audiencia** a los participantes en el Congreso promovido por la Comisión de los Episcopados de la Comunidad Europea (COMECE) con ocasión del 50 Aniversario de la firma de los Tratados de Roma, el 24 de marzo de 2007. En [http://212.77.1.245/news\\_services/bulletin/news/19902](http://212.77.1.245/news_services/bulletin/news/19902), p.2
- (2) Cfr. Testimonios recogidos por Peter Seewald en su biografía, **Benedicto XVI. Una mirada cercana**, Palabra, Madrid 2006, pp.135 ss.
- (3) Angelo Scola Rector de la Universidad Pontificia Lateranense en la Introducción a: Joseph Ratzinger, **Mi vida. Recuerdos (1927-1977)** Encuentro, Madrid 1ª ed. 1997, tomado de la 4ª ed. Madrid 2005, p.21
- (4) Juicio de E. Biser, catedrático jubilado de la Universidad de Munich. Recogido Por Peter Seewald en la biografía cit. **Benedicto XVI ...**, p. 157. En el mismo sentido otros testimonios de colaboradores.
- (5) Profesor Wolfgang Beinert citado en, Joseph Ratzinger, **La sal de la tierra. Una conversación con Peter Seewald**, Palabra, Madrid 2005, 5ª ed. P. 71 ( desde ahora J. Ratzinger)
- (6) “Yo (...) siempre me he esforzado por hacer análisis cuidadosos y, previamente por ese mismo motivo, también he procurado(...) ayudar a que los demás detectaran los puntos débiles de una argumentación. Ha sido una magnífica experiencia a nivel humano” **La sal de la tierra, ob. cit. p. 71**
- (7) **La sal de la tierra**, ob. cit. P. 73
- (8) J. Ratzinger, **Dios y el mundo. Una conversación con Peter Seewald**, De Bolsillo, Madrid 2005, 1ª ed. P. 247
- (9) Ibid. pp. 247-24
- (10) **La sal de la tierra (...)** ob. cit. P.12
- (11) J. Ratzinger, **Una mirada a Europa**, Introducción, Rialp Madrid 1993, pp.16-17
- (12) Ibid. P.13
- (13) Ibid. P. 18
- (14) J. Ratzinger, **La sal de la tierra**, ob. cit. pp. 37-38
- (15) J. Ratzinger, **Fe, Razón y Universidad. Recuerdos y Reflexiones**, Conferencia en la Universidad de Ratisbona. Tomado de : **Benedicto XVI – Fe, Razón y Universidad**, Madrid 2006, p.82 (Pastoral Universitaria – Cuadernos de la cátedra de Teología)
- (16) Ibid. pp. 95-98
- (17) Ibid. p. 96
- (18) J. Ratzinger, **Derribar y edificar. La respuesta de la fe a la crisis de valores**, Conferencia, Munich 1988 en , **Una mirada a Europa**, ob. cit, p.61
- (19) Ibid. pp.84-85. En esta misma obra se extiende en múltiples concreciones del actuar eclesial haciendo realidad la paz: servicio a los pobres, enfermos, olvidados, construcción de puentes de concordia y perdón, etc. Mucho más ampliamente desarrolladas estas cuestiones en su primera Encíclica “**Dios es amor**” de 25 de diciembre de 2005, II parte números 19 a 39
- (20) Ibid. p.85
- (21) Ibid. p. 86
- (22) J. Ratzinger, **Dios y el mundo**, ob.ct. p.332
- (23) J. Ratzinger, **La sal de la tierra**, ob. cit.p.296
- (24) J. Ratzinger , **Una mirada a Europa**, ob. cit. en Introducción, p.22

- (25) Ratzinger, J.: “Un reto para Europa”, en **Una mirada a Europa**, ob.cit., p.210
- (26) Ibid. pp. 213-214. En la misma obra, en el escrito de 1990, **La fe y las convulsiones socio-políticas contemporáneas**, hace un recorrido por las tendencias teológicas posteriores a la II Guerra mundial que, sobre la cuestión de la responsabilidad de la fe, ofrecieron respuestas dispares, agrupadas aquí en dos campos: 1) La fe como desmundanización y 2) La politización de la fe. En este contexto cita una significativa frase de Romano Guardini: “La verdad es un poder, sólo cuando no se exige de ella ningún efecto inmediato”
- (27) Ratzinger, J., **Una mirada a Europa**, ob. cit., p. 17
- (28) Ratzinger, J. (2005): **Europa, raíces, identidad, misión**. Madrid, Ciudad Nueva, p.9. El texto que reseñamos, pertenece a una Conferencia pronunciada en Berlín el 28 de noviembre de 2000, reelaborada posteriormente para otra intervención pública en Italia por invitación del Presidente del Senado italiano, Marcello Pera.
- (29) Discurso en la Audiencia citada de 23 de marzo de 2007
- (30) Vid. Ratzinger en su “Prólogo”, en **Europa, raíces...** op.cit., p.5
- (31) Discurso en la Audiencia citada de 23 de marzo de 2007, p.2
- (32) J. Ratzinger, **Una mirada a Europa**, ob. cit. en Introducción, p. 30
- (33) Cfr. J. Ratzinger, **Europa en la crisis de las culturas**, Conferencia pronunciada el 1 de abril de 2005 en Subiaco (Monasterio de Santa Escolástica), con ocasión de recibir su autor el Premio San Benito por la promoción y defensa de la vida y la familia en Europa. Texto completo en italiano en [www.chiesa.espressonline.it / printDettaglio.jsp – 27262](http://www.chiesa.espressonline.it/printDettaglio.jsp-27262), p. 5
- (34) **Discurso en la Audiencia citada de 23 de marzo de 2004**, p.2
- (35) J. Ratzinger, **Derribar y edificar. La respuesta de la fe a la crisis de valores**, Conferencia, Munich 1988, en ob. cit. Una mirada a Europa, p.25
- (36) Ibid. p. 58
- (37) J. Ratzinger, **Una mirada a Europa**, ob.cit. Introducción, p. 25
- (38) J. Ratzinger, **Fe.Razón y Universidad**, Conferencia cit. en la Universidad de Ratisbona, en ob. cit. p.90
- (39) J. Ratzinger, **Reflexiones sobre Europa**, Conferencia en Cernobbio (Como – Italia) ante dirigentes del mundo de la economía y de la política, el 8 de septiembre de 2001, en ob. cit. Europa, raíces, identidad, misión, pp.43-44
- (40) J. Ratzinger, **Europa. Sus fundamentos espirituales hoy y mañana**, Conferencia en Berlín el 28 de noviembre de 2000, en ob. cit. Europa, Raíces...op.cit., pp. 43-44
- (41) J. Ratzinger, **Una mirada a Europa** , ob. cit. en Introducción, p. 24
- (42) **Discurso en la Audiencia citada de 23 de marzo de 2007**, p. 2
- (43) J. Ratzinger, **Europa en la crisis de las culturas**, Conferencia cit. p. 1
- (44) Ibid. p.2
- (45) Ibid. p. 2
- (46) Ibid, pp. 2 y 3
- (47) Ibid. p. 3
- (48) Ibid. pp. 2 y 3
- (49) Ibid. p. 6
- (50) Ibid. p. (51) “También los que no aceptan a Dios (...) deben tratar de vivir y encauzar su vida (...) como si Dios existiera” , ibid. p. 6

- (51) J. Ratzinger, **Europa, entre esperanzas y peligros**, en Una mirada a Europa, ob. cit. p. 146
- (52) Ibid. p. 149
- (53) Ibid. p. 143
- (54) Ibid. p. 161
- (55) Ibid. p. 161
- (56) Ibid. p. 171
- (57) Ibid. p. 175
- (58) Ibid. p.177 Cita en texto de Robert Spaeman
- (59) Ibid. pp. 177-178
- (60) J. Ratzinger, **Reflexiones sobre Europa**, en Europa, raíces... ob. cit. p.36
- (61) Ibid. p. 38
- (62) Ibid. p. 42
- (63) J. Ratzinger, **Europa. Sus fundamentos espirituales hoy y mañana**, en Europa, raíces... ob. cit. p.29
- (64) Ibid. pp 30 y 42
- (65) Ibid. p. 32
- (66) **Discurso en la Audiencia citada de 23 de marzo de 2007**, p.2
- (67) Ibid. y **Audiencia al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede 8 de enero de 2007**
- (68) **Audiencia al Cuerpo Diplomático cit.**
- (69) **Discurso en la Audiencia citada de 23 de marzo de 2007**